

*Las Juntas y la Revolución liberal*

La modalidad político-institucional que caracterizó a la Revolución liberal española, es lo que se ha llamado la “revolución juntista” o “movimiento juntero”; es decir, el hecho de establecer Juntas — que viene del verbo juntar, según recuerda muy oportunamente el propio Antonio Moliner, (p. 27), es decir consejos o asambleas — *locales y provinciales*, que formarían después una *Junta Central*, la cual debía ejercer las funciones del gobierno provisional de la nación.

Esta original fórmula surgió durante la guerra antinapoleónica de 1808, ante el vacío de poder creado por la invasión francesa y la quiebra de las instituciones del Antiguo Régimen. Desde entonces se repitió en todas las coyunturas revolucionarias y crisis políticas que se sucedieron durante el proceso de Revolución Liberal (1808-1843), y también durante el período de asentamiento y crisis del nuevo Estado burgués, es decir, hasta la llamada Revolución de 1868.

Queda, por tanto, de manifiesto la importancia del *movimiento juntero* como uno de los instrumentos básicos del cambio político y social en la España decimonónica. Pese a ello, no existía hasta el trabajo del profesor Antonio Moliner, *Revolución burguesa y movimiento juntero en España (La acción de las juntas a través de la correspondencia diplomática y consular francesa, 1808-1868)*, Barcelona, Milenio, 1997, 403 páginas; prólogo de A. Gil Novales, una investigación de conjunto, tan amplia en el tiempo como en su geografía, ya que el campo analizado comprende las Juntas provinciales que se constituyeron en todo el territorio nacional hasta 1868.

A lo largo de ocho minuciosos capítulos se describe el proceso de formación, la composición y la tipología de las juntas creadas durante ese período histórico, lo que constituye el contenido fundamental del libro, con el objetivo, según su autor, de «comprender mejor el modelo de la revolución española» (p. 355). Nada más acertado para lograr este propósito que el tema elegido, ya que las luchas políticas y sociales de los liberales españoles no se desarrollaron sólo, ni siquiera fundamentalmente, en el ámbito de la nación, sino en el espacio local/regional. El triunfo de la Revolución Liberal reformuló, pero no destruyó los viejos particularismos políticos, sociales y culturales, por lo que los conflictos entre lo local y lo nacional siguieron manifestando los desacuerdos existentes sobre el modelo de Estado (dialéctica federalismo-Estado centralista, p. 351) sin por ello cuestionar en principio el Estado-Nación.

Antonio Moliner partía de una privilegiada experiencia investigadora sobre la materia, adquirida mediante un excelente estudio monográfico sobre las Juntas del período 1808-1814, al que siguieron diversos trabajos más puntuales sobre las Juntas de momentos posteriores. Por ello, pese al subtítulo del libro — que pare-

cería referirse como fuente única a la correspondencia diplomática y consular francesa de la época —, los resultados que se presentan en el mismo, recogen una amplísima documentación bibliográfica y documental, que no se reduce a dichas fuentes francesas, sino que integran también las locales, provinciales y nacionales.

Por otro lado, al presentar el proceso completo en su evolución cronológica (1808, 1820, 1835, 1836, 1840, 1843, 1854 y 1868), se enriquece enormemente la comprensión del fenómeno juntista, ya que permite percibir con toda claridad su línea de evolución: cómo va cambiando su gestación, su composición social, las relaciones de las élites con las masas populares y de las élites provinciales con el Estado.

El autor se ha propuesto al mismo tiempo hacer una dura crítica historiográfica a los tópicos precedentes de la historiografía liberal decimonónica. Para ello recupera auténticos testimonios de los coetáneos, que salían al paso de las versiones oficiales, denunciando, cómo, en cada proceso de revolución juntista, el Gobierno disolvía las Juntas provinciales y la Central, marginando a los elementos más radicales. Queda así demostrado el carácter de las Juntas como elementos de control de las crisis políticas y, en definitiva, de la revolución.

Sin embargo, aunque esa es la tesis que parece dominar en la valoración de las Juntas a lo largo del trabajo — de acuerdo con la interpretación generalizada en la actual historiografía —, encontramos en el mismo una valiosa información (el activismo del liberalismo radical, de la Milicia Nacional, etc.) que pone, en evidencia no ya la conocida ambigüedad de las Juntas, sino también su papel de motor del cambio político desde abajo y su importancia como plataformas de acción interclasista.

Antonio Moliner tiene en cuenta, a lo largo de su investigación, el actual debate historiográfico sobre la Revolución Liberal española, en cuyo seno se apunta precisamente hacia una valoración menos negativa del papel cumplido por el juntismo, al tiempo que se insiste en la importancia de su estudio. Porque el problema parece estar en saber qué es lo que se ha de valorar de las Juntas: si la iniciativa para formarlas, si su composición social, o su actuación, o sus resultados, etc.

Y en este debate se ha de encuadrar el trabajo del autor. Para avanzar en la respuesta a las cuestiones enunciadas hay abundantes datos en el presente libro, dotado de una sólida base empírica, que el autor sabe compaginar, en el terreno de la valoración, con una postura prudente y ecléctica: no elude los problemas, sino que invita a profundizar en la investigación local y regional a fin de dar argumentos a cuestiones que, actualmente, se plantean sobre todo como interrogantes.

Los apéndices y extensa bibliografía que acompañan al libro, son instrumentos muy útiles de trabajo que hay que resaltar, así como agradecer al autor el que nos los haya proporcionado. Entre ellos los extractos de los informes diplomáticos y consulares, y de los propios coetáneos.

En definitiva, el libro, en su conjunto, supone una aportación fundamental y necesaria para el estudio de la Revolución liberal-burguesa en España, uno de cuyos rasgos más marcados, es como sostiene Antonio Moliner, su «peculiaridad» (p. 35), evidenciada, en lo que al libro se refiere, en la fórmula del movimiento juntero. La claridad expositiva tanto de la introducción como de las conclusiones del libro, sitúan perfectamente al lector ante la envergadura de la investigación

presentada.

Como dice en el prólogo el profesor A. Gil Novales, la reivindicación de la historia política que hace Antonio Moliner, no supone «defender la historia-cromo, ni negar la importancia de la historia económica y social, sino preparar el camino para la comprensión de la historia como totalidad». Este es precisamente uno de los muchos logros de este libro.

Irene Castells Oliván

### *Un político humanista entre justicia y progreso*

La edición de las Obras Completas de Fernando de los Ríos preparada por Teresa Rodríguez de Lecea, de formación en el campo de la filosofía, es una buena noticia para historiadores, filósofos del derecho, politólogos y en general para todos aquellos atraídos por la sensibilidad humanista (Teresa Rodríguez de Lecea (ed.), Fernando de los Ríos, *Obras completas*, 5 tomos, Barcelona, Fundación Caja Madrid - Anthropos, 1997). Ha tenido que ser costosa la búsqueda de ciertos artículos, conferencias y escritos muchos de ellos dispersos.

La editora ha elaborado un sintético pero claro y completo estudio preliminar en el que centra al lector en su vida e influencias. Presenta a Fernando de los Ríos (1879-1949) como un intelectual comprometido con su función social y como un político honesto. Ambos rasgos le llevaron a vivir en profundidad los acontecimientos: las sucesivas crisis y cambios en el Estado que abocaron hasta la guerra civil de 1936 y en su caso personal hasta el exilio.

Quizá sea su profunda convicción, resaltada en el estudio preliminar, de que «la libertad tiene que ir acompañada de la justicia» la que lleve a Fernando de los Ríos a escribir *El sentido humanista del socialismo*. (T. II, pp. 193-391). Fernando de los Ríos liberal convencido en lo que atañe a las conciencias y al funcionamiento político del Estado Constitucional parlamentario, no está menos convencido de la importancia del socialismo como agente para la justicia social. Era para él “el nuevo ideal” que podía reintroducir el sentido ético en el derecho que la fijación individualista y materialista del liberalismo había soslayado. Y sin embargo cuando escribe en 1921 *Mi viaje a la Rusia soviética* (T. II, pp. 3-192) es muy crítico con las formas políticas que ha adoptado la revolución socialista.

Fernando de los Ríos escapa a las ortodoxias políticas. Hacia 1915 está clara su proximidad al Partido Republicano Reformista de Melquíades Álvarez y bien comprometido con su empresa intelectual en la Liga de Educación Política. Descontento con las posibilidades del reformismo ingresa en el PSOE en 1919. En 1931, recién proclamada la República, siendo Ministro de Justicia hubo de enfrentarse al espinoso tema de la Reforma agraria, pendiente desde muchos años atrás; de cualquier manera que se abordase podían estallar las tensiones acumuladas por unos o por otros. Meses después ya promulgada la Constitución, con el gobierno Azaña será Ministro de Educación Pública. Otro tema complicado siendo muy fuertes las presiones clericales y estando también ya muy madura y definida la propuesta de educación liberal y también la presencia del laicismo. Una vez más, crítico con las actuaciones de partido y no preso por la pasión política, se fue apartando de la política activa a partir de 1934.

La formación intelectual de Fernando de los Ríos debe mucho a Francisco Giner de los Ríos, a quien siempre reconoció como su maestro. Según se explica en el estudio preliminar convergen en él dos corrientes complementarias : de un lado el foco de referencia que supone Hegel, Krause, Dilthey y de otro el neokantismo. Resulta especialmente significativa su estancia en Alemania, en la Universidad de Marburgo donde estudió con Hermann Cohen y Paul Natop.

La obra de Fernando de los Ríos se proyecta preferentemente en tres ámbitos de preocupaciones: el Estado, la Religión y el Derecho. En cada uno de ellos aparece también la cuestión de la distribución de la riqueza.

El tema del Estado está ya presente en 1907 cuando defiende su tesis doctoral: *La filosofía política en Platón* (T. I, pp. 3-58) y aparece en buen número de escritos. Muchos de ellos fueron reunidos más tarde por Luis Jiménez de Asúa en un libro que tituló *Adonde va el Estado* (T. IV, pp. 407-630). Su teoría de Estado queda expuesta, entre otros escritos, en el prólogo y estudio preliminar al libro de Jellinek *Teoría general del Estado*.

En cuanto a la religión, Teresa Rodríguez de Lecea ha hecho notar también la tendencia de Fernando de los Ríos, ya manifiesta en la generación anterior, a encontrar el sustrato español donde sentirse integrado. Ese sustrato lleva hasta los erasmistas del siglo XVI. Según decía él mismo en las Cortes constituyentes de 1931: «Somos los hijos espirituales de aquellos cuya conciencia disidente fue estrangulada durante siglos». Buscando estas raíces había pronunciado en la Universidad de Columbia en 1926 su conferencia «Religión y Estado en la España del siglo XVI» que publicaría a continuación en un libro más amplio con el mismo título (T. II, pp. 397-510).

El derecho es para Fernando de los Ríos el colofón de su sistema. La idea de justicia que ya le preocupa al escribir *La filosofía política en Platón recorrerá siempre su obra. La Filosofía del Derecho en don Francisco Giner* (T. I, pp. 78-199) contiene sus temas preferentes de atención, entre ellos la relación entre la moral y el derecho. La función del derecho está en favorecer al ser humano el cumplimiento de su destino natural, esto es llegar a ser «un todo independiente y armónico».

Hemos de señalar también otro ámbito en las preocupaciones científico-humanistas de Fernando de los Ríos que recorre y vertebra toda su obra: la conciencia humana. En palabras de Teresa Rodríguez de Lecea «de los Ríos rechaza la manipulación del hombre, su utilización como cosa». Los derechos humanos planean sobre sus escritos, unas veces de forma tácita otras de forma expresa, como en su prólogo al libro de Vecchio *Los derechos del hombre y el contrato social* (T. III, pp. 125-133). Esta sensibilidad humanista le llevó a distinguir con precisión los diferentes niveles del liberalismo y a saber cuales convenían al sistema que él proponía y cuales no.

Así, en una conferencia organizada por la Juventud Socialista de Bilbao en enero de 1929, decía rotundo: «Al capitalismo le interesa, no la libertad de la conciencia, que es, en cambio, la que a mí me interesa; al capitalismo le interesa la libertad económica, que es la única que a nosotros no nos interesa». De la misma manera supo calibrar en el socialismo los aspectos filosóficos y las realizaciones prácticas, y dentro de ellas las diferentes formas que pueden adoptar las intervenciones desde el Estado. Y por eso señalaba su descontento con la revolución en

Rusia en los siguientes términos: «Al hombre se le ha venido concibiendo como un mecanismo polarizado por lo económico, y al pueblo, en toda la segunda fase bolchevique, como un comparsa mudo e inepto».

El sentido humanista del socialismo de Fernando de los Ríos tal como expresaba en su libro del mismo título, necesitaba cimentarse «en la vida interior del hombre y en la de la sociedad. El socialismo ha de ser un movimiento que vaya de dentro a fuera, del interior de los espíritus al exterior social, obra de adhesión, no de imposición; de ahí su esencia liberal; ha de representar además la florecencia más o menos rápida de la colaboración voluntaria de la mayoría, y por eso ha de fundarse en la democracia».

El reparto de funciones entre el individuo, la sociedad civil y el Estado resulta clave para fijar el funcionamiento del Estado liberal y su paso más tarde al intervencionismo. En esta correlación de fuerzas articularon sus estudios sobre el Estado: Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Adolfo Posada o Fernando de los Ríos. El papel de la sociedad civil y las instituciones intermedias era necesario para evitar el vacío entre el individuo y las instancias políticas, que de producirse favorece la tiranía. Las aportaciones de aquellos humanistas siguen siendo hoy de interés y estando en la base del Estado social de Derecho.

Tenemos en el legado intelectual español — como en el resto de Europa — una vía de pensamiento y acción social dispuesta a salvar la libertad de conciencia individual, su capacidad de autodeterminación unida al conocimiento. Pero esta disposición humanista ha venido siendo perseguida por las diferentes manifestaciones del despotismo aliado al oscurantismo. Unas veces se ha materializado en el tribunal de la Inquisición, otras en las deformaciones caciquiles que han venido mediatizando la evolución de nuestro sistema parlamentario constitucional, otras veces en imposiciones venidas desde el Estado en épocas más totalitarias. Por eso a veces resulta difícil recuperar las propuestas de quienes en medio de las presiones supieron mantener su independencia de criterio.

Se han difundido bastante, en los últimos años, categorías historiográficas como «revolución desde arriba» o «revolución desde abajo» que han venido dando sus frutos para entender nuestra historia contemporánea, pero no explican todo. Quizá sea momento ya de tomar en consideración sin falsos escrúpulos el concepto «revolución desde dentro de las conciencias».

Ciertamente hemos de agradecer el esfuerzo hecho por la profesora Teresa Rodríguez de Lecea para facilitarnos la aproximación a las obras de Fernando de los Ríos pues tenemos en él un teórico y persona de acción dispuesto a caminar mediante la libertad hacia la igualdad de oportunidades, la distribución más justa de la riqueza, la justicia, en suma, cuyos planteamientos adquieren en algunos casos el valor de universales. Es decir, penetran tan a fondo la esencia de lo humano que no envejecen con el paso del tiempo.

M<sup>a</sup> José Lacalzada de Mateo

*Il mito storiografico di Jaume Vicens Vives dopo l'agiografia*

Anche il lavoro di Josep M. Muñoz i Lloret costituisce — come ormai molti

dei lavori della più recente storiografia catalana — la versione a stampa di una tesi di dottorato. Nel caso specifico, *Jaume Vicens i Vives (1910-1960). Una biografia intellettuale*, Barcelona, Edicions 62, 1997, pp. 416, essa è stata discussa alla fine del 1995 davanti ad una commissione formata anche da alcuni ex allievi di Jaume Vicens i Vives (JVV) e rappresenta il primo contributo critico sistematico sulla figura e l'opera dello storico di Girona che colma quella lacuna da più parti lamentata anche nel numero 6 di questa stessa rivista (p. 76). La pubblicazione di una significativa parte dell'epistolario da parte di Josep Clara, Pere Cornellà, Francesc Marina e Anton Simón (*Epistolari de JVV*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1994, pp. 261) ha offerto a lettori e studiosi un essenziale apporto documentale di cui naturalmente si avvale anche il lavoro di Muñoz i Lloret (JML). Ma non è ovviamente la sola fonte utilizzata dall'autore: la ricerca è stata condotta con grande acribia durante un arco di tempo adeguatamente esteso che ha consentito di mettere insieme una rilevante mole di materiale di prima mano (ivi compresi gli esordi giornalistici di JVV sulla stampa di Girona) e una bibliografia critica completa o quasi. Il libro percorre su un binario cronologico il lasso di tempo sfortunatamente non troppo lungo vissuto da JVV (ma densissimo di eventi basilari del Novecento, forse l'ossatura stessa del nostro secolo) secondo il triplice punto di vista dell'analisi biografica, storiografica e politica. Aggiungiamo che la condotta politica è essenzialmente derivata da quella storiografica relativa alla considerazione del confronto catalano-castigliano sulla spinosa questione della modernizzazione ispanica, sulla conoscenza della propria realtà nazionale da parte dei catalani: essa costituisce la chiave di lettura adottata da JML per cui «tota l'obra de Vicens ha de ser vista a la llum de les seves preocupacions polítiques» (p. 386). Gli anni della primissima formazione e quelli estremi del JVV prevalentemente politico sono quelli sui quali l'opera raccoglie numerosissime informazioni — molte delle quali inedite — che arricchiscono in modo significativo il patrimonio di documenti disponibili: dagli anni della scuola secondaria a quelli universitari della mitica crociera mediterranea, fino agli ultimi giorni del giugno 1960 nell'ospedale di Lyon. A dare, forse, il segno dell'irruzione delle idee di rinnovamento e di modernità, a indicare la volitività e determinazione che la figura e l'opera di JVV avrebbero rappresentato, pur coi limiti evidenziati da JML, per la cultura e la politica catalana, è una crociera nel Mediterraneo che, magari per una casuale coincidenza o più verosimilmente per una concretezza tecnologica della metafora, molti di quelli che sarebbero diventati tra i più eminenti intellettuali spagnoli, compirono nel 1933.

La traversata venne effettuata in concomitanza con l'altrettanto celebre IV Congresso Internazionale di Architettura Moderna (CIAM), che riuni dal 29 luglio al 13 agosto di quell'anno sulla nave "Patris II", in rotta verso la Grecia, alcuni dei protagonisti del movimento moderno, tra i quali Le Corbusier, C. van Eesteren, S. Giedion, L. Moholy-Nagy, G. Pollini, J.L. Sert, G. Terragni. L'ulteriore intersezione tra queste due navigazioni (la comitiva di cui faceva parte JVV salpò da Barcellona il 15 giugno alla volta di Grecia e Turchia, per una crociera di quasi cinquanta giorni) è costituita dalla presenza sul piroscalo spagnolo di rappresentanti della Scuola di Architettura oltre che delle facoltà di lettere di Barcellona e Madrid (p. 46). Con JVV erano imbarcati sulla "Ciudad de Cádiz" filosofi, linguisti, storici, poeti e scrittori (Julián Marías, A. Tovar, M. García Morente, L.

Díez del Corral, G. Marañón, R. del Valle-Inclán, S. Espriu, B. Rosselló-Pòrcel, G. Diaz-Plaja ecc.). Il viaggio assunse notevole importanza per il giovane JVV perché contribuì a consolidare il legame con la futura moglie e circostanziò storicamente e geograficamente, in un itinerario che ripercorreva le rotte dell'espansione della corona catalano-aragonese a oriente, quel mito mediterraneo che, strappato alla solennità delle biblioteche e ai polverosi archivi, diventava un inatteso paradigma per i nuovi intellettuali da conciliare con (o porre in alternativa al) mondo americano. L'aura mitica che ha circondato la figura e il magistero dello storico di Girona risultano in qualche modo ridimensionati in questa biografia: si discutono da un lato certe scelte storiografiche (dalla famosa polemica con Rovira i Virgili alle passioni geopolitiche dei primi anni Quaranta), dall'altro il periodo dell'ambiguità politica (prima nei confronti della Repubblica, poi dell'insurrezione armata di Franco e della guerra civile) che, tuttavia, non lo risparmiò dalla depurazione e dall'allogamento dall'università. Riuscirà a vincere la cattedra universitaria soltanto nel 1947 a Saragozza e, poco più tardi, a Barcellona, non senza i buoni uffici di Antonio de la Torre, il suo maestro, che disponeva di ottimi contatti ministeriali a Madrid. De la Torre, simpatizzante franchista, era stato estromesso dall'università con un decreto della Generalitat repubblicana e quindi reintegrato nella posizione e nominato anche dal governo di Burgos responsabile degli archivi e delle biblioteche della Catalogna. Naturalmente, l'atteggiamento di JVV evolverà in modo assai deciso nel corso degli anni approdando ad un catalanismo convinto, avverso al Regime (p. 347). Nondimeno, JML spezza una lancia a favore della «actitud ètica dels derrotats, com Ferran Soldevila» (p. 391), contro un eccesso di flessibilità che condusse JVV ad atteggiamenti talora troppo condiscendenti nei confronti del nazismo e fascismo che dominavano la scena europea alla fine della guerra civile (pp. 388-389). Chi fin dall'inizio in Spagna scelse di opporsi al movimento del generale Franco guadagnò, nella migliore delle ipotesi, l'esilio o la prigionia.

Negli ultimi anni il suo lavoro, accademico, politico e imprenditoriale, puntò senza dubbio al «redreç» della Catalogna, sorretto da una consapevolezza scientifica della propria storia: l'antica polemica con Rovira i Virgili, zelatore per JVV della «storiografia romantica», trova un più ampio e meditato assetto contro la «història apolegètica», da un lato, e quella «ressentida», dall'altro, per una «nova història», basata sullo scandaglio esaustivo delle fonti, esente da qualunque ideologismo o idea preconcepita, sempre più attenta ai metodi quantitativi della scuola delle «Annales». In questo senso, secondo l'autore, JVV finirà col fare «una història d'un determinisme economicista absolut, on els moviments socials són reflex automàtic i mecànica de la cojuntura econòmica» (p. 393). La necessità di distacco critico dell'autore sull'oggetto del proprio studio sembra averlo condotto piuttosto ad una necessità di esasperato equilibrio delle posizioni espresse — e questo forse si deve al fatto che la biografia nasce essenzialmente come tesi che deve anzitutto rendere conto ad una commissione (formata, come abbiamo visto, anche da alcuni discepoli di JVV) — tanto che ogni affermazione positiva contenuta è subito rintuzzata da un apprezzamento negativo. Naturalmente ciò potrebbe renderla prossima alla «obiettività assoluta», ma sovente lascia assai dubbiosi sulla qualità dell'opera e dell'impegno di JVV. La sempre corretta opera di «demitizzazione» (che, secondo quanto scritto da Enric Pujol su *El contemporani*, andava

invece ulteriormente accentuata) approda a sottolineature che tendono a ridimensionare significativamente le novità anticipate, talora introdotte da JVV: basti vedere quanti storici spagnoli parteciparono per esempio al congresso di Parigi del 1950, quanti privilegiarono, come JVV, i contatti internazionali, quanti perseguirono consapevolmente un'idea collettiva di «scuola storiografica». Per non parlare della storia economica «que es trobava encara en un estat molt incipient» (p. 313) prima di JVV. Atteggiamento che in molti casi ridisegnava l'approccio alla complessa fenomenologia storiografica, offrendo attraverso la propria produzione critica più un paradigma metodologico consapevole e sicuro che risultanze durature o inoppugnabili (se esistono). La parabola di un'opera come *Industrials i polítics (segle XIX)* del 1958 può fornire qualche elemento di meditazione: JML ricorda (p. 299), sulla base di una conferenza di Josep Termes pubblicata in *La historiografia catalana. Balanç i perspectives* (Girona, Cercle d'Estudis històrics i socials, 1990, p. 48), che almeno il venti per cento delle citazioni riguardano un lavoro assai discutibile quale l'*Historia política de Catalunya en el siglo XIX* di Jaume Carrera Pujal. Da storico dei movimenti sociali, Termes, pur attribuendo all'opera di JVV in parola un grande valore storiografico, ritiene che in questo studio siano marginali sia la storia politica e, ancora di più, quella del catalanismo. Ora, il dato quantitativo di Termes riferito da JML andrebbe studiato nel merito, si dovrebbe cioè analizzare se quel venti per cento di note costituisca veramente l'ossatura documentale del lavoro di JVV e verificare se invece non abbia mantenuto l'impegno assunto nell'«advertiment», anteposto al volume dallo storico di Girona: «Si no temés de repetir-me, diria que intento d'escriure una 'aproximació' a la vida catalana del Vuit-cents. Però...una aproximació meditada i més que mai exigent i rigorosa, pel mètode emprat i per la prudència en els inevitables judicis de valor». Lo sforzo di sintesi compatibile «amb les exigències de la nova metodologia històrica» rappresenta la sfida maggiore a cui far fronte. Col progredire dei contributi storiografici molti giudizi a suo tempo espressi da JVV andranno ricalibrati e, spesso, mutati. Uno spoglio specialistico delle singole parti del volume può senza dubbio evidenziare numerosi limiti ed errori. Gli occhi di ogni lettore nel tempo, attraverso i quali benjaminamente si considera la storia, ne vedranno altri determinati da ciascuna contingenza. Oggettività e soggettività sono patrimoni sempre variabili e ritoccabili: l'innovazione voluta da JVV, fondata sulla volontà di «redreç» della Catalogna, era tesa verso l'idea che i metodi quantitativi elaborati attraverso i dati d'archivio, rappresentassero quella oggettività che si pretende verità di per sé evidente, in una critica delle ideologie il cui scontro era culminato in Spagna, al di fuori purtroppo di ogni metafora, nella «Guerra dei Tre Anni». Tanto Termes quanto JML riconoscono l'alto valore storiografico dell'opera di JVV in questione, focalizzando la critica in particolare modo sull'interpretazione: «és també llibre militant, centrat a explicar un 'redreçament' que JVV volia per la seva època, i amb els mateixos protagonistes: la burgesia» (p. 309). Poiché dunque, oltre alla base documentale discutibile («bona part del llibre descansa sobre la informació asistemàticament recopilada per Jaume Carrera i Pujal», p. 298), JVV presenta anche una lettura sommamente favorevole alla borghesia, perché non dire allora che il libro di fatto è inaccettabilmente di parte? Parziale sia come documentazione che come lettura storiografica. Ci pare che il corretto processo di «demitizzazione» sfoci spesso in un ten-

tativo, nemmeno tanto velato, di parricidio: fare i conti con una presenza che si sente storiograficamente importante, ma si percepisce ora politicamente ingombrante. Una costante questa che, accanto all'aura del grande innovatore, è andata progressivamente crescendo tra i contributi delle numerose iniziative editoriali (soprattutto in riviste) volte a onorarne la memoria. E' chiaro che si tratta di una opzione perfettamente legittima, la quale è possibile in quanto contestuale ad altri apparati ideologici, ad altre modalità storiografiche. A questo proposito JML sottolinea come «l'èxit de la interpretació vicensiana, com a sustentació historicista de projectes polítics, resta demostrada (...) sobretot, pel ressò que molts dels seus conceptes i interpretacions històriques han tingut en la conformació d'un espai polític de centre a Catalunya, particularment en el cas de Jordi Pujol» (p. 273).

Non lontano dalla lettura di Termes proposta nell'articolo più sopra citato, JML iscrive così d'ufficio JVV al partito dell'attuale presidente della Generalitat. Che questi riconosca nello storico di Girona un maestro, un uomo che, in una definizione dello stesso presidente, «va ser capaç de combinar el magisteri amb la invitació a l'acció, amb ajudar a trobar camins d'actuació», che anche nella sua fisicità emanava autorevolezza (p. 385), non esaurisce naturalmente una figura intellettuale poliedrica. Ci pare se non altro riduttivo considerare, nonostante JML riconosca che «hi ha obres de Vicens d'una solidesa inqüestionable» (p. 386), che l'influsso di JVV «s'exercí més a través del seu mestratge que no pas a través de la seva obra» (p. 385). Riduttivo nel senso che ci sembra molto improbabile poter scindere così nettamente i due aspetti: un magistero non si esercita solo attraverso le opere, ma in nessun caso senza di queste. Le interazioni tra l'attivismo culturale e politico non sarebbero state possibili ove orbate della meditazione sulla prassi storiografica, sulla proposizione di certi problemi, premessa indispensabile per la loro risoluzione, certamente con luci e ombre. Scelte più radicalmente difformi sono state pagate da molti contemporanei di JVV con il carcere o l'esilio, mentre JML pare rimproverargli una sospetta vicinanza agli ambienti ministeriali madrileni, oltre a una iniziale ambiguità nei confronti del franchismo, pur sottolineando poi anche il netto «rebuig...de Vicens envers l'Estat franquista» (p. 308) e l'impegno politico catalanista tradottosi in un manifesto diffuso clandestinamente nel 1956 (p. 334-335): che il magistero di JVV sia stato fondamentale per la formazione di una classe politica (oggi trasversale a tutto lo spettro ideologico), mi pare indiscutibile, ma che ne sarebbe di questa senza "livres de chevet" quali *Notícia de Catalunya e Aproximación a la historia de España*. E questi manuali di ermeneutica politica, la cui utilità per un'intera generazione ha ben sottolineato Ernest Lluch ("Vicens Vives, capitán civil", *La Vanguardia*, 17 aprile 1997, p. 21), avrebbero avuto legittimità culturale senza quella revisione delle «idéas reçues» storiografiche sviluppata, con metodo e lavoro d'archivio, in molte delle opere precedenti? La rilettura del fenomeno «remença» e la relativa sentenza arbitraria di Guadalupe, la critica alla «storiografia romantica», fondata principalmente sulla sua tesi di dottorato, sono alcune delle necessarie premesse a quei piccoli volumi, dove l'irruenza battagliera dell'esordio è temperata dalla riflessione meta-storica e metapolitica. Forse nel periodo obiettivamente più oscuro della vicenda personale di JVV, nonché della storia catalana e spagnola di questo secolo ["Els anys adversos (1939-1947)", pp. 101-161] vanno ricercati alcuni motivi che, letti in una prospettiva di «lunga durata», possono assumere connotazioni diverse a

quelle fino ad oggi attribuite, contribuendo a mutare alcuni giudizi fortemente consolidati.

Appare abbastanza chiaro che, se è vero che JVV si lasciava entusiasmare facilmente dalle novità, non per questo la conclamata neofilia si esauriva in accessi di esclusivo ottimismo della volontà: l'attenzione alla geopolitica potrebbe esser letta secondo questa prospettiva. La connessione di un'opera certo rigettabile per molti aspetti come *España. Geopolítica del Estado y del Imperio* (1940) con alcune idee e alcuni teorici riconducibili, anche solo molto parzialmente al nazismo, ha determinato una sorta di rimozione dello statuto disciplinare e un conseguente giudizio negativo sulla rilevanza attribuita da JVV, anche in anni successivi (con il *Tratado general de geopolítica* [1950], una «de les obres menys reeixides de Vicens», come dice JML, p. 197), alla geopolitica. La ricostruzione dell'avvicinamento di JVV a questa disciplina, compiuta da JML, è senz'altro attenta alle modalità del medesimo, ma meno al contenuto, allo sviluppo e alle attuali motivazioni della geopolitica, che vuole presentarsi come riflessione propedeutica alla decisione politica, attenta ai «fattori geografici umani, come la demografia, l'economia, l'etnologia, la sociologia, l'antropologia ecc., rispetto a quelli fisici, il cui influsso e dignificato sono stati profondamente modificati dalla tecnologia» (C. Jean, *Geopolítica*, Roma-Bari, Laterza, 1996, p. 7). Come rileva l'autore, rincontro con l'opera di Arnold J. Toynbee blandì il determinismo fisico di derivazione tedesca volto «individuare leggi generali di carattere scientifico» (*Ivi*, p. 17), orientando la percezione verso una maggiore sensibilità all'esperienza («*toda génesis cultural es producto de la interacción del medio físico y los elementos biológicos*», cit. da JML, p. 199). Evoluzione che l'autore della biografia non manca di sottolineare e illustrare: è proprio questo mutamento che oggi, in un mondo privo di ideologie dominanti in competizione e di equilibri del terrore nel quale sembrano tornare alla ribalta i popoli, può rendere produttiva la riflessione della nuova geopolitica, più affinata, più depurata e con meno pretese rispetto a ieri: uno strumento ulteriore di lettura e comprensione del reale. Certamente non le presunte leggi di Haushofer o la formulazione di dottrine propense all'esaltazione bellica, come quella dello spazio vitale, ma la constatazione della pluralità di soggetti che giocano liberamente nello scacchiere, conferisce alla disciplina quell'utilità che JVV intuiva, pur tra molti malintesi e le talora acritiche e discutibili condiscendenze al paradigma tedesco e alla mitologia imperiale ispanica.

In questo senso la "lunga durata" può porre sotto diversa luce quel JVV geopolitico, più per vezzo innovatore che per profonda convinzione, che molti sinora hanno ritenuto, spesso anche giustamente, marginale e inopportuno, qualche volta addirittura deferente nei confronti dei dittatori al potere.

Patrizio Rigobon

### *Due modi odierni di romanzare la storia in Spagna: un naufragio e un approdo*

Il romanzo storico, di ben nota e a tratti gloriosa tradizione nelle lettere spagnole, ha continuato ad attrarre penne di varie generazioni anche nell'ultimo quarto del nostro secolo, da Gonzalo Torrente Ballester a Eduardo Mendoza, da Jesús

Fernández Santos a Lourdes Ortiz, da José Luis Sampedro ad Arturo Pérez Reverte. Qui vorrei presentare due esempi recentissimi con esiti a mio avviso differenti, per contribuire alla discussione interdisciplinare su questo genere di frontiera, ovviamente dal mio punto di vista di letterato.

*Carta del fin del mundo* (Barcelona, Ediciones B, 1996, 156 pp.) è il primo romanzo di José Manuel Fajardo, nato nel 1957 a Granada, ma vissuto quasi sempre a Madrid, dove è stato a lungo redattore di "Cambio 16" e attualmente collabora a "El Mundo". In precedenza, l'autore aveva pubblicato due saggi, *La epopeya de los locos* (Barcelona, Seix Barral, 1990) sugli spagnoli che parteciparono alla Rivoluzione Francese e *Las naves del tiempo* (Madrid, Información y Revistas, 1992) su temi di storia latinoamericana. La traduzione italiana, a cura di Pino Cacucci e Gloria Corica, è comparsa quest'anno nella collana diretta da Luis Sepúlveda: *Lettera dalla fine del mondo* (Parma, Guanda, 1997, 175 pp.).

Il libro parte dal conosciuto episodio della fondazione da parte di Colombo della Villa de la Navidad sull'isola Hispaniola durante il suo primo viaggio nel Nuovo Mondo, colonia poi distrutta dagli indigeni. Il corpo del romanzo è composto da una lunga lettera diretta al fratello che vive a Bermeo, nelle terre basche, dal marinaio e bottaio biscaglino Domingo Pérez, imbarcato sulla caravella Santa María e poi colono della Villa de la Navidad, il quale annota in varie occasioni nell'arco di alcuni mesi le vicende del piccolo gruppo di europei rimasti nelle Indie.

Sotto il comando di Diego de Arana, fortificano il luogo prescelto per l'accampamento e intrattengono relazioni pacifiche con gli indigeni. Domingo è colpito dalla bellezza dell'isola e da quella di un'indigena, Nagala, anche se soffre spesso di nostalgia per l'amato Paese Basco, con frequenti rimandi alla cittadina marinara di Bermeo, da cui proviene. Tra gli uomini serpeggia però il malcontento a causa del miraggio dell'oro e delle ricchezze che quella terra promessa dovrebbe racchiudere. Hanno dunque luogo contese, ammutinamenti e defezioni. Domingo prende parte alla fuga in battello di un gruppo di baschi, più l'interprete giunto dall'Europa Luis de Torres (un ebreo convertitosi a forza al cristianesimo, ma rimasto dentro di sé molto scettico), e Yabogué, un indigeno-guida in grado di farli comunicare coi nativi.

Il drappello, comandato da Chanchu, arriva dapprima al villaggio del cacicco Mayamorex, in cui gli spagnoli hanno modo di apprezzare le arti di pesca locali nella barriera corallina (e il narratore le compara con quelle dei balenieri della costa basca) e di partecipare a una sbornia-estasi-orgia collettiva. Poi risalgono un fiume, tra caimani e zanzare, verso l'interno, dove dovrebbero trovarsi le miniere d'oro. Quando il fiume diventa troppo angusto per la navigazione, si fermano presso il villaggio del cacicco Cayainoa, a cui lasciano il battello in custodia, ma per precauzione portano via con sé in ostaggio due figli e una figlia del cacicco. Mentre avanzano a fatica nell'intrico della selva, Chanchu prende a forza la ragazza come sua amante e, alla prima occasione, uno dei fratelli maschi fugge, finendo però impiccato a un ramo nel tentativo di tuffarsi da una roccia in un corso d'acqua.

Più avanti, gli spagnoli scorgono tra la vegetazione un'india bianca, messa in fuga dalle grida dei due indigeni ancora loro prigionieri, i quali spiegano che si tratta di un essere sacro a Yucemí, lo "spirito bianco" che sceglie giovani indigeni per procurargli l'oro e che abita nei pressi del villaggio del cacicco

Moguacainambó. Questo capo, mesi prima, aveva amichevolmente visitato la colonia di Villa de la Navidad e della sua tribù fa parte quella Nagala che tanto era piaciuta a Domingo. Gli spagnoli raggiungono il suo villaggio e vi vengono bene accolti. Domingo rivede Nagala ed è ospite del padre di lei. Ma nonostante tutto ciò, all'alba Chanchu e i suoi assaltano la capanna del cacicco per obbligarlo a condurli dallo Yucemí che conosce il segreto dell'oro. Il cacicco si pente dell'ospitalità concessa agli stranieri, accorgendosi che aveva ragione lo Yucemí nel metterlo in guardia contro i bianchi. Chanchu gli brucia con un ferro arroventato la pianta dei piedi e tramite tale tortura ottiene, nonostante le proteste di Domingo, l'informazione che cerca.

Gli spagnoli partono verso la remota dimora dello Yucemí con due mogli del cacicco come ostaggio. Trovano una caverna in cui vivono alcune donne e giace un vecchio bianco coperto di piaghe come un appestato. Si tratta del portoghese Alvaro Almeyda, finito sull'isola anni addietro in seguito al naufragio della sua nave diretta in Africa e considerato un dio dagli indigeni. Almeyda dice amare frasi moralistiche sull'oro che porta la violenza e non dà la felicità, poi si spegne. Chanchu lascia nella caverna il giovane bottaio che ha toccato il portoghese e quindi si è probabilmente infettato e si precipita con gli altri verso il ruscello aurifero. Ma Domingo non muore: viene raccolto dagli indigeni di Moguacainambó, che non lo uccidono perché ricordano che aveva cercato di risparmiarlo al cacicco la tortura. Lo cura la bella Nagala (con la quale può infine consumare la propria passione e alla quale insegna alcune parole in spagnolo) e vive qualche tempo con gli indigeni, descrivendo al fratello le usanze di quel popolo.

Un giorno arriva al villaggio, stravolto dal tanto errare per la selva, l'ebreo Luis de Torres, che racconta l'atroce morte degli altri compagni, caduti in discordie interne o per mano degli indigeni inferociti a causa del comportamento crudele degli stranieri. Domingo si sente in dovere di avvertire la colonia di Villa de la Navidad del triste esito delle spedizioni degli ammutinati in cerca dell'oro. Scende dunque fino alla spiaggia e trova i già pochi spagnoli rimasti decimati e disperati. Viene incarcerato come disertore e scrive una composizione poetica diretta a Nagala, mentre gruppi di indigeni si preparano ad assaltare il forte per scacciare i barbari europei dal loro paradiso.

Terminata questa lettera-fiume, il libro si chiude con una nota di Diego Colón, figlio dell'ammiraglio e viceré delle Indie, datata 1515, la quale testimonia il ritrovamento dello scritto di Domingo in un villaggio indigeno nel 1511. In calce comparivano alcuni scarabocchi tra i quali si decifravano le parole: «Uomo Bermeo cielo» (e il lettore intuisce che Nagala ha voluto postillare la memoria con la notizia della morte di Domingo). Il viceré manda la trascrizione al vescovo di Burgos consigliandogli di distruggerla o tenerla ben nascosta, giacché contiene ragionamenti contrari alla fede o capaci di portar acqua al mulino dei difensori degli indigeni. E nell'ultima pagina figura infatti l'ordine del vescovo di archiviare a Siviglia lo scritto e dimenticarlo. Come appendice, vengono forniti gli elenchi dei personaggi con fondamento storico e di quelli di fantasia.

Tutti i motivi di cui la sopra descritta trama è composta (si pensi all'avidità dell'oro che genera sangue o all'esaltazione della bellezza vergine delle Antille) sono alquanto triti: li abbiamo già visti in tanti romanzi, film, fumetti, da quelli su Colombo a quelli su Lope de Aguirre, da Aridjis a Saer (per non menzionare la

folta e robusta schiera degli indigenisti latinoamericani), da Carpentier ad Altan. Questa riproposta mi sembra oltretutto tra le più stanche e meno interessanti, anche come omaggio al genere avventuroso, perché poco ritmata, senza colpi di scena spettacolari come pure del minimo filo di umorismo e distensione. Inoltre, il romanzo difetta di personaggi compiuti e saldamente caratterizzati (alcuni vengono addirittura dimenticati nel corso degli eventi) ed è distantissimo dalla fresca vivacità (anche linguistica) dei colori autentici delle cronache originali dell'epoca, ampiamente tradotte in italiano. L'operazione di riplasmare il linguaggio delle relazioni della conquista tra il XV e il XVI secolo è compiuta da Fajardo in modo discutibile, giacché mescola cose che credibilmente il personaggio reale avrebbe potuto dire e altre assolutamente non verosimili nella sua penna (e allora ci si chiede se non sarebbe stato meglio scrivere senza remore tutto nel codice della fantasia attuale).

Le notizie date sulla vita, i costumi e le credenze degli indios caraibici così come quelle relative ad esempio ai religiosi eroi della *leyenda negra* (Montesinos, Las Casas ecc.) sembrano estratti da un bel tema liceale. Fanno sorridere — con qualche fastidio — lo specialista e non insegnano niente di particolarmente nuovo al lettore comune. La personalità del narratore non si disegna affatto (non bastano certo gli accenni nostalgici alle terre basche o qualche esclamazione) e dunque non cattura il lettore. Anche la sua vicenda amorosa con Nagala è fumosa in quanto a composizione (non percepiamo il personaggio dell'indigena, ma solo il deliquio di Domingo, che descrive gli indios come farebbe un giornalista odierno) e rimanda probabilmente a un elemento autobiografico (si vedano le ultime righe dei ringraziamenti, dove ci viene fornito il nome dell'amata che ha ispirato Nagala in corpo e anima) non adeguatamente risolto a livello letterario.

*Carta del fin del mundo* ha avuto successo (specie nella versione italiana) grazie al possente aiuto di Luis Sepúlveda, grande narratore assai amato e seguito dai lettori, il quale ha promosso Fajardo con tutta la sua amichevole generosità, ma come romanzo storico dei nostri tempi mi pare faccia acqua da troppe falle.

Mi ha convinto invece un altro esordio, e cioè *Añoranza del héroe* (Barcelona, Destino, 1997, 416 pp.) di José Ovejero, nato a Madrid nel 1958, ma residente a Bruxelles, che ha pubblicato in precedenza la raccolta di racconti *Cuentos para salvarnos todos* (Barcelona, Destino, 1996).

Il libro s'incentra saldamente sulla splendida figura a tutto tondo di Neftalí Larraga, nato agli inizi del secondo decennio di questo secolo e morto nel 1980, e s'intreccia con la storia di Cuba e della Spagna, ricostruite con mano insieme documentata, partecipe e immaginosa. Le vicissitudini del protagonista, pur credibili, sono assai intricate e vale la pena di percorrerle anche sommariamente per farsi un'idea del tempestoso materiale governato da Ovejero.

La famiglia di Neftalí vive nella zona orientale di Cuba, nel municipio di Mayari, accanto al Central Preston della United Fruit Company. Fin da adolescente, anche Neftalí lavora in quello zuccherificio come stivatore e comincia presto a partecipare a riunioni sediziose contro il dittatore Machado che domina l'isola. Un caporione, che Neftalí ha casualmente picchiato in un bordello, approfitta dei torbidi politici per vendicarsi e Neftalí, per sfuggire all'inseguimento di costui, decide di imbarcarsi su un piroscampo diretto verso la terra da cui sono emigrati i suoi genitori, la Spagna.

Arriva a Barcellona nel 1932, durante la II Repubblica. Lì conosce la giovane estremegna Amparo, nella casa dove lei e la sorella Paula tengono feste cui i giovanotti partecipano con regali. Poco tempo dopo, Neftalí viene arrestato per uno sciopero e Amparo gli porta in carcere del cibo. La loro libera unione si stringe intensamente. Vanno a vivere per un periodo in campagna, a Valderriós, dalla famiglia di Amparo, ma quell'ambiente non accetta una coppia irregolare e così decidono di trasferirsi a Madrid nella primavera del 1936, quando ancora sembra che si possa scongiurare il conflitto ch'è nell'aria. Lì nasce la loro figlia Lidia.

Scoppia la guerra civile e i due vi partecipano schierandosi con il governo legittimo. Neftalí viene ferito lievemente in uno dei primi scontri e diventa miliziano camionista addetto al rifornimento. Quando Franco trionfa, riparano a Valderriós, con addosso il terrore di essere denunciati e fucilati. Dopo uno scontro con la preoccupata famiglia di Amparo, Neftalí accetta di ritornare intanto lui solo a Cuba, con il proposito di farsi raggiungere in seguito dalla moglie e la figlia. Riesce miracolosamente a passare il confine francese (e giura di chiamare la prossima figlia che avrà da Amparo "Bidasoa", come il fiume che traccia quel confine di salvezza). Salpa da La Rochelle su un naviglio del governo cubano nel luglio del 1939.

All'arrivo all'Avana, il padre garantisce per lui e gli propone un posto presso la base militare statunitense di Guantánamo, ma Neftalí ha ormai acquisito una radicata coscienza politica e non vuole sgobbare per gli yankee. Si reca dunque dapprima nella capitale, dove non cava un ragno dal buco, poi s'arruola come mozzo su un cargo per Santiago de Cuba, dove ottiene un lavoro di fatica. Ma anche qui la sua fama di "comunista" lo rende indesiderabile per i padroni, che fanno malmenare e lo cacciano. Fugge allora nella selva, dove vive come una bestia braccata fino a cadere distrutto per la fame e le malattie.

Lo soccorre Fermina, una disgraziata analfabeta senza famiglia, allevata per qualche tempo da una vecchia guaritrice. Fermina vive in una capanna di montagna, dove adagia il malconco Neftalí e lo cura, con incerta scienza erboristica e pratiche quasi animalesche. Ne fa il suo uomo, quello che ha sempre aspettato. Ma Neftalí, una volta ripresosi, decide di tornare nuovamente dal padre. Tenta di guadagnarsi da vivere come imbianchino lavorando con un compare, ma l'impresa gli va male. Lavora allora come rigattiere a Mayari, in un ambiente di malavitosi di cui non riesce a prendere le abitudini, per un fondo di nobiltà che conserva anche nelle ristrettezze. Quando però gli rubano la bicicletta, deve piegarsi ad accettare un lavoro nello zuccherificio in mano agli yankee. Gli sembra un tradimento dei propri ideali, ma anche l'unico modo per risparmiare denaro e pagare i biglietti del viaggio di Amparo e Lidia.

Si costruisce una capanna e una notte vi vede arrivare Fermina, che lo ha raggiunto perché incinta di lui. Partorisce infatti una bambina cui viene imposto promesso nome di Bidasoa. Il misero salario di Neftalí basta appena per alimentare quella compagna non voluta e i figli che ha da lei e che sente alquanto estranei. Neftalí ricomincia a fare attività sindacale e guida gli operai nelle richieste salariali. I sicari della United Fruit Company non riescono a intimidirlo più di tanto. Nel 1951, scrive ad Amparo che la situazione è difficile, ma che continua a pensare a lei. Amparo, intanto, passa un periodo nelle carceri franchiste per i suoi trascorsi.

Nel 1953, Neftalí entra a far parte del gruppo d'appoggio a Fidel Castro, poi organizza il Movimento 26 di luglio a Mayari. Nel 1956 è clandestino all'Avana, dopo aver partecipato a sabotaggi contro Batista. La polizia tende un'imboscata a Neftalí, di cui però cade vittima un malcapitato. Neftalí approfitta del fatto che la polizia lo crede morto e fa impunemente la staffetta in cerca di denaro e medicinali per i ribelli barbudos. Partecipa anche ad azioni di guerriglia, dove il suo buon senso gli crea attriti con insorti velleitari e impreparati. Poi si trasferisce all'Avana e mette una bomba alla raffineria della Esso. All'Avana ha fatto venire Fermina, che attraverso le radionovelas, sentendo tante storie di donne bistrattate, comincia a intuire la propria sventura accanto a quell'uomo che pensa solo alla sua lotta e a un'altra donna rimasta al di là dell'oceano.

Con la vittoria rivoluzionaria del 1959, Neftalí ottiene un posto d'ispettore nell'industria e una casetta fuori l'Avana, al Cotorro, dove fa il responsabile del Comitato di Difesa della Rivoluzione e partecipa alle campagne di lavoro volontario. Poco a poco avanza però in lui la delusione per quello che vede attorno. Lui e Fermina non si capiscono assolutamente e Neftalí le costruisce una stanza a parte. Ha un attacco di cuore e viene messo a riposo: durante passeggiate e riflessioni, lo assalgono i fantasmi del passato e l'insoddisfazione del presente. In un bar, ha l'impressione che un nero che si sta tranquillamente ubriacando lo spii, così si fa dare una bottiglia e gliela rompe in testa. Solo i suoi meriti fanno sì che il grave episodio venga insabbiato senza conseguenze (tranne che per il malcapitato nero).

Neftalí è incapace di farsi vivo con la Spagna. Intanto, alcuni suoi parenti sono scappati a Miami, lì sono diventati benestanti e, durante un viaggio a Madrid, si sono messi in contatto con Amparo e Lidia per dimostrare loro che non tutti i Larraga sono come Neftalí. Le due vanno addirittura in visita da loro e un fratello di Neftalí, da Miami, cerca invano di far parlare per telefono Lidia col padre. Lidia, in un momento difficile, gli aveva scritto di non illudere più la madre Amparo e di lasciarle in pace, e ora non avrebbe nulla da aggiungere a quel padre che quasi non conosce. Neftalí, dal canto suo, colto di sorpresa dalla trovata del fratello, lascia cadere la comunicazione, anche se poi gironzola a lungo accanto al telefono nella speranza di ricevere una nuova chiamata, che non arriva.

In un raduno di ex combattenti, Neftalí critica la vacuità dei discorsi ufficiali e ai familiari esprime una drastica delusione. All'ospedale, quando gli chiedono di dare le proprie generalità, dichiara che sua moglie è Amparo, non Fermina, che è lì ad assisterlo. Fermina decide pertanto di separarsi da lui e parte per il Venezuela con una delle figlie. Altre due figlie sono al capezzale di Neftalí al terzo infarto e gli staccano i tubicini per risparmiargli la sofferenza. Il giorno dopo, la figlia Mercedes legge le lettere di Amparo e le brucia, come gli aveva chiesto il padre. Poi telefona ad Amparo in Spagna e le annuncia la morte di Neftalí. Sentendola piangere all'altro capo del filo si rasserena: suo padre non ha sofferto per nulla in tutti quegli anni.

Alla scena di questa telefonata assiste Ramón, nipote di Amparo, che è presentato nel libro come colui che va raccogliendo notizie e testimonianze sul nonno Neftalí, spinto dapprima dalla curiosità per un personaggio di cui nessuno in famiglia vuol mai parlare, poi dall'orgoglio di avere nel proprio albero genealogico un eroe repubblicano (siamo ormai nella Spagna democratica, dopo la Costituzione

del 1979) che è per giunta un rivoluzionario caraibico. Forse anche per una certa distonia nei confronti della Spagna di oggi, Ramón si reca a Cuba e incontra varie persone che hanno conosciuto il nonno e parla coi propri “parenti” cubani. Tale viaggio, di cui non si precisa la data, dev’essere avvenuto dopo il 1989, cioè durante l’attuale severa crisi del *periodo especial*, come si ricava dalle descrizioni di penurie e disincanti. La narrazione viene così a riallacciarsi col presente cronologico della lettura e l’opera di ricostruzione di una vita fatta da Ramón viene a coincidere con il lavoro del cronista Ovejero, che effettivamente ha compiuto un’analoga ricerca, come rivelano i particolareggiati ringraziamenti posposti al testo. Ciò non significa che Neftalí Larraga sia la trasposizione romanzesca del nonno di Ovejero, ma solo che il percorso della scrittura è offerto al lettore all’interno del libro attraverso l’interesse di Ramón, che riscatta dall’oblio la storia del protagonista. Tale scelta genera un felice contrappunto, ma anche qualche rischio di sproporzione, di squilibrio tra quel che può essere venuto a sapere Ramón e quel che effettivamente si narra nel libro (che è infinitamente di più). Per sanare tale incongruenza, bisogna supporre che Ramón/Ovejero abbia immaginato le vicende di Neftalí a partire dalle tracce recuperate e abbia mescolato tale rievocazione ad alcune di quelle tracce (si vedano le testimonianze dirette raccolte a Cuba o dalla nonna Amparo).

«La derrota es trofeo de las almas bien nacidas» recita un esergo del romanzo, tratto dal Don Quijote. E la frase ben riassume la figura di Neftalí, il cui eroismo quasi involontario sembra più che altro la cocciuta indisponibilità ad essere infedele a quanto si è imparato ad amare e stimare. Ovviamente, la sconfitta ha anche dei tratti appunto di disfatta, e la lotta ha le sue rinunce, così Neftalí perde le donne come le battaglie, sembra sospinto dal vento della passione eppure paga proprio con la cosa più preziosa che ha in cuore le avversità esterne e l’irriducibilità interna. Perde con sconsiderata generosità anche quando apparentemente vince e allo stesso modo ama, anche quando apparentemente è indifferente, egoista o smemorato.

*Añoranza del héroe* realizza sul piano linguistico un’accattivante commistione tra castigliano peninsulare e variante cubana, alla quale corrisponde, sul piano compositivo, il succedersi di moduli tipici della tradizione narrativa della madrepatria europea (ad esempio, i quadretti realisti dell’epoca della guerra civile e dopoguerra) e di quella latinoamericana (ad esempio, il primo capitolo, molto espressionista, su Neftalí randagio nella selva).

Non si può negare che questa “añoranza” (non a caso: sofferenza derivante dall’ignorare dove si trova qualcuno, sentire la sua assenza e lontananza) sia talora ridondante, ma si perdona l’autore perché ci ha dato un romanzo coraggioso, dal quale è difficile staccarsi, pieno della nostalgia di Neftalí, separato comunque da almeno una patria e almeno un amore, della nostalgia di Ramón per l’indomabile volontà di riscatto del nonno e della nostalgia di Ovejero per un respiro narrativo che sappia ridiventare epico.

Danilo Manera